

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 45
Para no volver a La Mancha

Article 9

1997

Intersecciones del *Quijote* (Lectura en laberinto a cuatro voces)

Julia Castillo

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Castillo, Julia (Primavera 1997) "Intersecciones del *Quijote* (Lectura en laberinto a cuatro voces)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 45, Article 9.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss45/9>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

INTERSECCIONES DEL QUIJOTE (Lectura en laberinto a cuatro voces)

Julia Castillo

Todos los episodios del *Quijote* son acontecimientos de energía (algunos, de una energía muy grande, como el de los Molinos de Viento), de ese sistema llamado Vida de Don Quijote de La Mancha.

Estos acontecimientos energéticos están enlazados unos con otros, y organizados en el proyecto de la novela. El proyecto apenas habría sufrido modificación de estar enlazados dichos acontecimientos de otra manera. Hace falta hacerlos jirones, como en cada una de las cuatro voces que escucharemos luego, por ejemplo, para que sufra algún cambio dicho proyecto.

Al hacerlo, mi única intención es ofrecer una manera de poder admirar la enorme tensión, el poderosísimo equilibrio a que está sometido el conjunto.

Con la simultaneidad de las voces que con textos propios emplearon Cage, Campal o Barce, en los años 60, yo no he intentado más que escuchar el silencio del *Quijote*. Ojalá durante la lectura pudiera contemplarse en brevísimo instante, la cara, como de un poliedro, de esa estructura llamada *Quijote*.

En el *Quijote* no hay un núcleo, me ha parecido, mientras tanto, haber descubierto. Se producen unas sendas como unos haces de luz que cortan como aristas la lectura a veces en mitad de un párrafo. Y el que sale ganando es el paisaje.

Siempre se me aparece el *Quijote* como una obra masiva de una densidad magnífica que se resiste a la consideración del detalle. Su envergadura poética, su majestad poética, ocultas en un bosque, no dejan ver las ramas.

Pensé, quizás ingenuamente, que cortar y pegar podría ayudar a que la conciencia de lo infinitamente pequeño se intensificara ante lo infinitamente grande.

Y leer el *Quijote*, al fin y al cabo, siempre se ha podido contraponer a lo que era casi más habitual en tiempos de mis abuelos, *escuchar el Quijote*; en una zona intermedia, subjetivamos el todo, y objetivamos las partes, escuchamos la nada, cuatro voces, entre la libertad y determinado plan, le queremos escuchar a él, al poeta, *su orden*. Otro Persiles.

No solo al *Quijote*, a otras grandes obras, me pareció en la primera lectura y por lo tanto, muy temprana, que su forma peculiar y el impulso para dicha forma, le eran conferidas por pequeños fragmentos, palabras sueltas.

En algunas intersecciones, por azar, a veces como en eco, se *lee*, se *escucha* el silencio. Es el milagro. Porque el silencio es el vehículo para la certidumbre que *obliga* a detenerse, como hacemos más habitualmente en poesía. Y detenerse en el *Quijote*, es, según he creído siempre, de lo que se trata.

1ª Voz

mostrádnosla: que si ella fuere de tanta hermosura como significáis,

—No hay que llorar ... que yo entretendré a vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse y echarse a dormir un poco sobre la verde yerba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

leyendo éstos

la vuestra fermosura.

Quieren decir de todos los libros

El mozo se quitó la montera y, sacudiendo la cabeza a una y a otra parte, se comenzaron a descoger y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia.

Que esta reliquia guardo para el duro trance que me amenaza mi porfía, que en tu mismo rigor se fortalece.

balde sería fingir yo de nuevo ahora

2ª Voz

una lanza arrimada a la encina adonde estaba arrendada la yegua—

¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

y alzó otra vez la lanza,

los libros

estos libros,

y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba a otra cosa atento que a lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas a los otros dos que se agazapasen o escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había, y así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía; el cual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía, ansimesmo, unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda.

--En esta Andalucía hay un lugar

--Ni yo lo digo ni lo pienso

¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura!

«Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero,

—Luego ¿todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad?

—En cuanto poetas, no la dicen—

—; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

—No hay duda deso

con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.

Podré yo verme en la región de olvido, de vida y gloria y de favor desierto, y allí verse podrá en mi pecho abierto cómo tu hermoso rostro está esculpido.

—¡No, no Zoraida:

Perdióse, en fin, la Goleta;

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta, que parece bacía de barbero, como tú dices.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro, por mar no usado y peligrosa vía, adonde norte o puerto no se ofrece!

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos, con atención, volvieron a esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan estremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho, cuando, al volver de una punta de una peña, vieron a un hombre

3ª Voz

los libros, así de encantamentos

Así como don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba.

batallas, desafíos, tormentas y disparates imposibles;

este libro fue el primero

Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas.

que son libros

de libros

Y aquí dio un suspiro, y le puso en las nubes.

—Deteneos, señora, quienquiera que seáis; que los que aquí veis sólo tienen intención de servirnos: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir ni nosotros consentir.

—¿Y cómo se intitula el libro?
—preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* — respondió el mismo.

—¿Y está acabado? —preguntó don Quijote.

4ª Voz

como de pendencias, heridas, requiebros, amores.

y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable,

en los libros

—Sí, señor: hacia ese reino es mi camino.

de hacerse pastor y andarse por los bosques y pra-

—Éste es el lugar, ¡oh cielos!, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto. Éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos sospiros moverán a la contina las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece.

—Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren:

El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino y el pensar que tengo de amar por elección es escusado.

—¿Cómo puede estar acabado — respondió él—, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

si pudiera.

me torné a emboscar, y a buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura y me dé industria y favor para salir della, o para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

Llegaron, en estas pláticas, al pie de una alta montaña, que, casi como peñón tajado, estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban.

Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito.

—Sí, sí, María, María.

Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto, les sirvió de peine una mano, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual, en más admiración y en más deseo de saber quién era ponía a los tres que la miraban.

Los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches no dejaban dormir a nadie las músicas

Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventajas el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

Perdióse primero la Goleta,

La hora, el tiempo, la soledad, la voz
y la destreza del que cantaba, causó
admiración y contento en los dos

Locura,
De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

1ª Voz

Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.

Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas,

—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, reponiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea;

Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

2ª Voz

aquellos que iba a acometer.

tomó un puño de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo,

—Señor, una golondrina sola no hace verano. Cuanto más, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera, que aquello de querer a todas bien cuantas bien le parecían, era condición natural, a quien no podía ir a la mano. Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual se encomendaba muy a menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura.

Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del
candil

mejor lo hará el cielo contigo.

son carneros y ovejas

—También la tengo yo ... , pero si yo
le hiciera ni le probare más en mi vida,
aquí sea mi hora. Cuanto más, que no
pienso ponerme en ocasión de haberle
menester, porque pienso guardarme con
todos mis cinco sentidos de ser ferido
ni de ferir a nadie.

Iban los encamisados murmurando entre
sí, con una voz baja y compasiva.

—Sancho amigo, has de saber que no
nací por querer del cielo, en esta nuestra
edad de hierro, para resucitar en ella la
de oro, o la dorada, como suele llamarse.
Yo soy aquel para quien están guardados
los peligros, las grandes hazañas, los
valerosos hechos.

—¿Qué es caballero aventurero?

—Sin duda, señor, que éste es el moro
encantado, y debe de guardar el tesoro
para otros, y para nosotros sólo guarda
las puñadas y los candilazos.

alguna venta.

La cual, si fuera en este tiempo, o mi
Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar
segura que no tuviera tanta fama de
hermosa que tiene.

—Señor, pues, ¿qué hemos de hacer
nosotros?

Yendo, pues, desta manera, la noche
oscura, el escudero hambriento y el
amo con gana de comer, vieron que por
el mesmo camino que iban venían hacia
ellos gran multitud de lumbres, que no
parecían sino estrellas que se movían.

3^a Voz

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sendero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto

os beso, señora mía, las manos, y

Quiso bien, fue aborrecido: adoró, fue desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitude,

4^a Voz

los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

—*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*, el escurecerse esos dos luminaires mayores. Pero, sea lo que fuere; que para mí que la conozco no hace al caso su trasmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entretanto, la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada; cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve,

de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida.

—¿Cómo se llama este caballero?

—Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible.

—Ésa es la pena que yo tengo

—No importa que no hayas jurado

—Deteneos, caballeros, o quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras o vosotros habéis fecho, o vos han fecho, algún desaguizado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes,

Sólo os digo que tendré eternamente en la memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes; que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? Sancho.

—Nunca las cartas de Amadís se firman—

Que, bien apurada la cosa, burla fue y pasatiempo; que, a no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena.

Muchos balidos de ovejas y carneros.

—No—
puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

o bien para vengaros del tuerto que vos
hicieron.

—Señor, yo no sé por qué quiere
vuestra merced acometer esta tan
temerosa aventura; ahora es de noche,
aquí no nos ve nadie, bien podemos
torcer el camino y desviarnos del
peligro, aunque no bebamos en tres
días; y pues no hay quien nos vea,
menos habrá quien nos note de
cobardes; cuanto más que yo he oído
predicar al cura

1^a Voz

Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando a los dos en una, por donde corría un pequeño y manso arroyo, a quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban.

el llanto crece y doblo los gemidos.

En el silencio de la noche, cuando

Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una,

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa

Cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece.

No había andado mucho, cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba,

2^a Voz

con suspiros y acentos desiguales

y siempre hallo, en mi mortal porfía,

—Digo que no mentiré en cosa alguna

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos; que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura. Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar; y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas a Rocinante, y, tornando a despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días, a lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que, si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días.

En fin, yo me partí triste y pensativo

El labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado,

Y a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina,

Hiciéronle a don Quijote mil preguntas,

Aquella noche hablé con Luscinda

Traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto a bajo, despeñándose con furor y con violencia,

En esto, comenzó a llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento don Quijote por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes.

no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda

En esto, llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucejadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquéllos tomarían, y, por imitarlos, estuvo un rato quedo;

—*Quien ha infierno* —respondió Sancho—, *nula es retencio*, según he oído decir.

—No entiendo qué quiere decir *retencio* —dijo don Quijote.

—*Retencio* es —respondió Sancho— que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede.

—De ese parecer soy yo

—Y aun yo—

—Pues así es

—¿A qué llamas apear o a qué dormir? —dijo don Quijote—. ¿Soy yo, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—Este que viene

—No es ése pastor— respondió el de la Triste Figura—

Pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fue, y me dejó lleno de confusión y sobresalto,

—Aún es temprano ... porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra.

Tuyo hasta la muerte,

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

3ª Voz

la pobre cuenta de mis ricos males

Vuelve la noche,

—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo lloro lo que ella tardare en venir.

Yo sé que muero; y si no soy creído, es más cierto el morir, como es más cierto verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto, antes que de adorarte arrepentido.

Volvió la hoja don Quijote y dijo:

—Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta misiva, señor? —preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores —respondió don Quijote.

Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando

Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera.

4ª Voz

el dulce sueño a los mortales,

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña?

—¿Qué gigantes?

en hora buena la prosa,

que cuando

pues es cosa cierta

no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

—Así es verdad le otorga la vida

gran madrugador

pero las proezas

al cual mandó hincar de rodillas;

Ella se lo prometió

de galope y aprisa

la espuela,

aunque con más breves palabras,

y le tendría por señor.

con la de la espada.

cosas tan estrañas,

estoy al cielo y a mi Clori dando.

y vuelvo al triste cuento,

Estando, pues, los dos allí, sosegados y a la sombra, llegó a sus oídos una voz que, sin acompañarla son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquél no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase.

por las rosadas puertas orientales,

El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande; la hora, las tres de la tarde: todo lo cual hacía al sitio más agradable, y que convidase a que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto;

voy la antigua querella renovando

derechos rayos a la tierra envía,

Y cuando el sol, de su estrellado asiento

Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

gentil espaldarazo.

en mitad de la leyenda

se debe perdonar.

y le dé ventura en lides.

como que rezaba.

nuevos servicios y mercedes.

alzó la lanza a dos manos

a la buen hora.

dos fieros y descomunales gigantes.

Mas apenas se vio en el campo,

desventurado de mí

Paráronse los mercaderes al son destas razones y a ver la estraña figura del que las decía; y por la figura y por las razones

--Yo soy contento de hacer lo que dices,